



DICIEMBRE 2012

N.º 39

Unión mundial de sacerdotes, religiosos y seglares

MINISTRI DEI

Servidores de Dios

BOLETÍN DE ACTUALIDAD CATÓLICA TRADICIONAL

Tanto amó Dios al mundo...



Belén: lugar donde nació Jesús

Avda. de Andalucía, 71
Escalera derecha 1.º B
23.005 Jaén
(España)

E-mail:
ministridei@hotmail.com

Página Web:
www.ministridei.es

Teléfonos
923 286 689

Imprime: Catena 3, S. L.
Depósito Legal: J-388-2009

Sumario

Tanto amó Dios al mundo... 1
Atención 1

¡Padre! ¡Padre mío!.. 2-3-4

Dios se ha manifestado. Lo ha hecho como niño. Precisamente así se contraponen a toda violencia y trae un mensaje que es paz. En este momento en que el mundo está amenazado por la violencia en muchos lugares (...) clamemos al Señor: Tú, el Dios poderoso, has venido como niño y te has mostrado a nosotros como el que nos ama y mediante el cual el amor vencerá.

(Benedicto XVI)

Próximamente celebraremos el gran día de la Natividad del Señor, un día entrañable en que la liturgia vive intensamente este gran misterio de la venida del Mesías a la Tierra.

Es un misterio que puestos a meditarlo no le encontraremos fin, por la riqueza del tema, y por la grandeza de quienes lo protagonizan: *el Verbo de Dios hecho carne y la Sagrada Familia en expectación ante su nacimiento.*

Es difícil expresar este acto de amor infinito que Nuestro Señor al hacerse hombre nos ha tenido, pero no podemos por menos de reconocer también, el amor infinito del Padre Eterno al enviarnos a su Unigénito para redimirnos del pecado original. Porque el Padre permitió que su Hijo amado, lleno de gracia y de verdad, viniese de un mundo de indescriptible gloria a un mundo corrompido y manchado por el pecado, oscurecido por la sombra de muerte y a una raza caída. Y de esta forma, el Hijo inmaculado tomó sobre sí la carga del pecado dejando el seno del amor del Padre, la adoración de los Ángeles y la gloria celestial, para sufrir privaciones, limitaciones en su naturaleza humana, odio y persecución apenas ha nacido, todo esto es algo que estremece contemplar, pues... *tanto amó Dios al mundo que le envió a su Hijo Unigénito* (Jn 3,16). Y nos amó tanto el Padre Celestial, que El mismo proveyó el medio para sacarnos del pecado al enviarnos a su único Hijo. De esta forma, Cristo fue el conducto por el cual el Padre pudo derramar su amor infinito sobre un mundo depravado por el pecado.

Al adentrarnos en este misterio encontramos puntos para la meditación inefables en todos los aspectos: *La humildad del Hijo de Dios al hacerse hombre. El amor infinito del Padre para enviarnos a su Unigénito. La humildad y sencillez de la Sagrada Familia a la que el Hijo de Dios quiere pertenecer. El lugar donde nace el Mesías, un establo, recostado en un pesebre* (Lc 2,7). *Los primeros adoradores, pastores sencillos, sin ninguna relevancia social.* Y así, todo lo que nos hablan las Escrituras sobre el nacimiento del Hijo de Dios son puntos para meditar a cual más provechoso.

No dejemos pasar esta ocasión de vivir este misterio en expectación como la Santísima Virgen y San José, invocando en todo momento al Espíritu Santo, para que El con su luz nos ayude a descubrir la inefable obra de amor de la Santísima Trinidad hacia esta Humanidad pecadora.

BETANIA

ATENCIÓN

Informamos que debido a la gran demanda del libro **Dadme de beber** y dado las muchas personas que por agotamiento se han quedado sin poder adquirirlo, hemos decidido hacer una nueva edición para los que estén interesados en conseguir algún ejemplar. Asimismo, ya está a la venta el libro tan solicitado de **Yo, Jesús, os hablo**.

¡PADRE! ¡PADRE MÍO!

SER SUPREMO

Muchas personas niegan la existencia de Dios basándose en que nunca lo han visto; sin embargo, basta considerar la belleza y armonía de la Naturaleza para apreciar el testimonio que la misma ofrece sobre ese Ser Supremo que se le puede llamar de mil maneras: *El Creador, El Omnipotente, El Eterno, El Que Es o simplemente, Dios.*

Este Ser Supremo tiene todos los atributos en grados infinitos y eternos. Su grandeza no la puede igualar nadie, porque es un Ser que no tiene otro por encima de Él. La persona más perfecta y santa de la Tierra, la más inteligente o sabia, el ser angélico más encumbrado, e incluso la Santísima Virgen, son un tenue reflejo de la grandeza de Dios. Las cosas más maravillosas que puedan existir en el Universo, tan sólo llegan a ser huellas de la grandeza y belleza de este Ser Supremo.

La Naturaleza es la primera revelación, anterior a la escrita en la Sagrada Escritura. Basta con observar cómo está diseñada al milímetro para satisfacer las necesidades de todos los seres vivientes, tanto del reino animal como del reino vegetal, para no dudar un solo instante que existe un Ser Superior que rige todo lo creado. El evolucionismo no puede dar razón de esta perfecta conjunción. Sólo aceptando que Dios ha creado todo y lo ha dispuesto armoniosamente se puede explicar razonablemente la sinfonía de tantos elementos dispares que una evolución como tal no podría alcanzar ni en el más ínfimo grado. El sol, la lluvia, los montes, los mares, los valles, todo a una nos hablan de ese Ser Superior y de su amor creador, porque solo El es el que provee las necesidades de todos los vivientes. No hay necesidad más grande que negar la existencia de Dios, su poder y su voluntad creadora, porque contemplando el Universo y todo lo que hay en él nos hablan de la existencia de este Ser Superior: *El cielo proclama la gloria de Dios, el firmamento pregonaba la obra de sus manos* (Sal 19[18],2).

CREADOR DE TODO LO VISIBLE Y LO INVISIBLE

Cuando Dios creó la Tierra y todo lo que hay en ella, todo lo hizo bien y vio que todo «era muy bueno» (Gn 1,31). Y creó al hombre para que fuera feliz en la Tierra, dotándole de tantos bienes como hay en ella, haciéndolo el rey de todo lo creado para que fuera feliz y le diera gloria en su paso por este mundo. Pero el enemigo de las almas engañó al hombre y éste transgredió la ley de Dios y cegado su entendimiento pecó, y al hacerlo entró el pecado en el mundo (Rm 5,12), y con ello el demonio tomó un poder limitado, pero real: pasó a ser el Príncipe de este mundo (Jn 12,31; 14,30; 16,11), aunque no el rey. Adán perdió para sí, y con él toda su descendencia, el estado de gracia que Dios al crearlo le había otorgado. Y el que había sido uno con Dios, sintió en su alma la terrible separación que el pecado supuso entre Dios y el hombre, y la insidia constante del demonio.

El hombre desde su creación estaba dotado de facultades nobles y de un entendimiento bien equilibrado. Era completo todo su ser, y estaba en armonía con Dios como toda la Naturaleza. Su amor hacia Dios era perfecto, hasta que por la desobediencia reemplazó este amor por egoís-

mo y sus facultades se pervirtieron. Su naturaleza quedó tan debilitada por el pecado que ya no pudo resistir el mal por sí mismo, ni liberarse del cautiverio de Satanás.

EL HOMBRE BUSCA CONSTANTEMENTE A DIOS

Aunque la mayoría de las personas no lo saben, ni mucho menos lo admiten, el hombre busca a Dios a lo largo de toda su existencia. Lo busca constantemente, y la necesidad de Él es común a todos los vivientes. *Mi alma esta sedienta del Dios vivo*, exclama el salmista (42[41],3).

La sed de felicidad de los hombres sólo Dios puede calmársela, aunque esta felicidad la busquen en personas o lugares equivocados. En esta vida buscamos *la verdad, la belleza, el amor*. Cuando nos encontramos con esas cosas en la Tierra, vemos un poco, pero solamente un poco de Dios en ellas. Ya hemos dicho que las maravillas del Universo son rastros, belleza del Dios verdadero.

Si en ocasiones gozamos de alguna belleza estética que contemplamos u oímos, o de placeres legítimos, ¿cómo será el gozo de los bienaventurados durante la eternidad del que es la Fuente misma de la única felicidad plena y sin fin? Pero el afán de la criatura por ser feliz lo lleva a veces a cometer torpezas reemplazando a Dios por otras cosas, idolatrándolas, y el resultado es el desengaño, la frustración y hasta la duda de que exista la felicidad.

DIOS DESEA NUESTRA FELICIDAD

Cuando hablamos o nos hablan de Dios a menudo nos imaginamos un Ser justiciero, dispuesto a no dejarnos pasar la más mínima imperfección. Un Ser que nos exige unos Mandamientos que nos cuesta cumplir, un Ser distante, serio, castigador. Pero esto sólo corresponde a una caricatura del Dios verdadero, a una imagen falseada, ajena a la revelación que Dios ha hecho de Sí mismo en su Creación y en la Sagrada Escritura. Porque Dios, que ante todo es Amor, quiere nuestra felicidad y la quiere con más ahínco que nosotros mismos, que somos capaces de canjear nuestra dignidad de hijos de Dios por placeres que nos degradan. Y como El nos ha creado y conoce a fondo nuestra debilidad y, a la vez, las inmensas capacidades de que nos puede dotar su gracia, Él es el único que puede ayudarnos a conseguir esa felicidad que el corazón del hombre anhela constantemente.

Es un error dar cabida a la idea de que Dios se complace en ver sufrir a sus criaturas. Nuestro Creador no nos hizo para los sufrimientos y no cierra las puertas del gozo a ninguna de sus criaturas. Somos su obra y Él desea para sus criaturas el mayor bien posible, y ese bien, solo Él nos lo puede proporcionar. Esto es algo que no debemos olvidar.

DIOS ES AMOR

Hemos oído cientos de veces que Dios es Amor (1 Jn 4,8), pero lo oímos sin profundizar en su significado. Creemos en el amor de nuestros padres, hijos, esposas, amigos, pero no creemos en el amor del que es por esencia TODO AMOR.

Si Dios es Amor todo lo enfocará para nuestro bien, para nuestra felicidad, y, aunque no tengamos fe, debemos reflexionar sobre esto, porque si una persona crea algo no

es para luego maltratar su obra, sino para gozarse en el cuidado de la misma, y para que ésta viva en un estado de felicidad y permanente incluso en medio de las pruebas.

DIOS ES PADRE

Es uno de los puntos del Credo, *creo en Dios Padre Todopoderoso*. Dios no es sólo el Padre de Jesucristo, que lo es por filiación divina, es también Nuestro Padre al que estamos unidos a Él por la gracia santificante. Debemos dirigirnos a Dios como Padre y debemos confiar en Él, como lo hace el niño en su progenitor antes de perder su inocencia, porque si no vemos a Dios como Padre, difícilmente lo buscaremos y aun menos confiaremos en Él.

Como un padre siente ternura por sus hijos, siente el Señor ternura por sus fieles (Sal.103[102],13). Los padres verdaderos, los buenos padres, aman a sus hijos a pesar de que éstos sean malos. Dios ama a todas sus creaturas, y ya desde el primer momento en que el hombre perdió su estado de gracia por el pecado, Dios lo amó hasta el punto que le prometió un Salvador para librarlo del mal tan grande que fue transgredir su ley y dar cabida al Maligno. Dios no hizo el mal, fue el hombre, quien no usando bien su libertad, introdujo el pecado en el mundo trayendo como consecuencia *el dolor y la muerte* (Rm 5,12).



Es fundamental para nosotros saber que Dios es Padre y que nos ama como tal, porque saber que alguien muy superior a nosotros nos ama como Padre y se comporta como tal, hace sentirnos *fuertes, seguros y protegidos*. En Dios tenemos un pilar en el que encontramos *fuerza, apoyo, disciplina y reglas de conducta*. Si bien es cierto que un padre ama a sus hijos, no es menos cierto que no por ello le permitirá hacer cualquier cosa, porque el buen padre es también un buen educador que utiliza el amor para erradicar conductas erróneas, disciplina para forjar caracteres y castiga cuando debe. Sin embargo, si un padre biológico lo hace usando la palabra y dando ejemplo, sin nunca usar la violencia, Nuestro Padre Celestial nos reprende a través de nuestra conciencia, de nuestros superiores o confesores, de las inspiraciones, de las circunstancias, de su Palabra divina contenida en la Sagrada Escritura, y en fin, a través de una variedad de medios con tal de volver su oveja al redil y librarla de males peores.

Como buen Padre que es sabe que nadie es perfecto y que se debe aceptar a los hijos aunque cometan errores, porque esos mismos errores les ayudarán en ocasiones a crecer como personas y a desarrollarse con una mente y una vida propias. Pero lo esencial de todo debe ser recordar constantemente que Dios es Nuestro Padre y que Él

nos espera manchados o no por el pecado, para darnos la salud del alma, fortalecernos, hacernos más virtuosos y para ayudarnos a caminar en las sendas de la Vida Eterna.

UNO SOLO ES VUESTRO PADRE

¿Qué necesidad tiene la criatura humana de afecto! Son incontables las almas que buscando amar y ser amadas, caen en amores pecaminosos que las arrastran más a ser esclavos de esos amores que a ser felices. Hay personas que buscan toda su vida ese amor humano perfecto, que es más una utopía que otra cosa, y no lo encuentran. Y mueren en una soledad afectiva tremenda, sin darse cuenta que tenían ante sí la presencia del amor perfectísimo que es el Padre Celestial, pero... no llegaron a verlo, porque nunca supieron alzar la mirada hacia las alturas y despegarse un poco de este mundo material para elevarse hacia Dios. Nunca miraron al Cielo, sus ojos solo miraron a la Tierra, y la Tierra no les dio ese amor que buscaban para llenar su corazón.

Pero Jesucristo no desdeñó hacerse hombre, tomando la condición de esclavo (Flp 2,7) para enseñarnos algo que la mente humana jamás había concebido: *Dios es amor y Dios es Vuestro verdadero Padre*. La revelación de que Dios es Padre está en el centro del mensaje de Jesús.

Y cuando denuncia a escribas y fariseos como falsos padres, Jesús nos exhorta a no llamar a nadie padre en la Tierra: *Uno solo es vuestro Padre, el del Cielo* (Mt 23,9).

Es Jesús quien nos enseña a dirigirnos al Creador llamándole Padre: *Padre Nuestro que estás en el Cielo* (Mt 6, 9) y gracias al Redentor podemos dirigirnos con plena confianza a Dios como Padre, sin temor a excedernos llamándole así, porque así nos lo enseñó Jesús. Y para que no dudemos de que podemos compartir con Jesús la ternura de su amor filial nos enseña a llamarle *abbá* (Mc 14,36; Rm 8,15), *querido papá*. ¿Quién se hubiera atrevido a tanto de no ser por la autoridad divina del Salvador?

Y si Dios es Nuestro Padre y esto hay que creerlo porque está en la Revelación, quiere decir entonces que tenemos el amor de alguien asegurado, de alguien que nos acepta y le importamos tal y como somos. Jesús nos invita a confiar en este Padre del que nos habla y a no ser esclavos de la preocupación por el alimento o por el vestido: *Ya sabe Vuestro Padre que tenéis necesidad de todo eso. Buscad primero su Reino y su justicia, y todas esas cosas se os darán por añadidura* (Mt 6,32-33).

Si creyésemos esta verdad y profundizásemos en ella, nos levantaríamos todos los días gozosos, sabiendo que

a Nuestro Padre ese día no se le pasará por alto y estará pendiente de nuestros movimientos esperando nuestros afectos, proporcionando los medios para sacar ese día adelante con la mayor santidad posible. Si creyésemos que Dios es Nuestro Padre no tendríamos razón ninguna para estar tristes y desearíamos que llegara pronto el día en que tendríamos que reunirnos con Él.

¡PADRE! ¡PADRE MÍO!

El creyente debe vivir con espíritu de infancia, (Sal 131 [130],2); sentirse niño pequeño ante la grandeza de su Padre Celestial y ante la omnipotencia del mismo; ser ante Dios lo que el bebé es ante su madre, *¿Acaso olvida una mujer a su niño de pecho?... Pues, aunque ella se olvidare, Yo no te olvido* (Is 49,15). Qué palabras tan reconfortantes para quienes las leen y creen y aceptan a Dios como a su Padre Celestial.

Pero si a los padres naturales se les obedece y se les respeta, mucho más debe ser con Nuestro Padre Celestial. Debemos obedecer lo que nos manda y respetar su voluntad. Él nos ama con tal amor que ni nosotros mismos somos capaces de amarnos. Su amor procura para nosotros un bien eterno, no solo el temporal. Él nos dará para cada día lo necesario, pero Él nos manda unas leyes, que son tal sabiduría que ninguna mente humana, cultura o civilización jamás alcanzará (Dt 4,6.8). Y nos revela que el que crea en el amor que nos tiene, estará muy por encima de todas las cosas y de todas las contradicciones que le sucedan (1 Jn 4,16-18; 5,4-5). Nada puede demostrarle tanto a Nuestro Padre Celestial nuestro amor como depositar en Él toda nuestra confianza.

Y así con esta relación estrecha del alma hacia Dios y de Dios hacia el alma, nuestra existencia de cara a ese Ser Superior que es Nuestro Padre, será llevadera, estará motivada, e incluso, será una existencia gozosa en medio de las inevitables pruebas por las que habrá de pasar.

EL AMOR DEL PADRE POR NOSOTROS

Nos dice el Evangelio que *tanto amó Dios al mundo que le entregó a su Hijo único* (Jn 3,16). Entran escalofríos cuando se considera esto, porque ¿quién es capaz de entregar su propio hijo para ayudar a algún amigo? Y más aún, ¿quién es capaz de entregar a su propio hijo para ayudar a sus enemigos? Esto no lo hace ningún ser humano, y sin embargo, Dios lo hace. Nos envía a su propio Hijo para sacarnos del pecado y librarnos de la condenación eterna por haber transgredido sus leyes. Su amor hacia la criatura es tal que hace lo máximo que puede hacer, enviar a redimirnos a su Unigénito y lo envía para salvarnos a través de la tortura y del sufrimiento físico y moral de la Cruz. Huelga hacer ningún comentario.

Y a cambio, ¿qué le podemos dar a este Padre Nuestro que tanto bien procura para nosotros? Pues es obvio, hay que *darle gracias, amor, alabanzas, bendiciones incesantes, adoración de su presencia en la creación, en nuestra alma y en la Eucaristía*, y sobre todo, *darlo a conocer*, porque Él es Padre también de los impíos, de los que le rechazan, de los que blasfeman su Nombre santo, de los que le niegan. Y por eso nuestra correspondencia como hijos de Dios debe ser dar a conocer la bondad y el amor que nos tiene este Padre Celestial y que muy pocas almas conocen. Este mismo escrito no quiere tener otro objetivo.



Los padres engendran el cuerpo de sus hijos. Nuestro Padre Celestial en cambio nos da el alma creada directamente por Él en el instante mismo de la concepción, principio vital para el cuerpo y la vida de la gracia, que nos abre las puertas de la Vida Eterna con Él. Porque Él es el Eterno, el que no tuvo principio ni tendrá fin. Él es la fuente de toda clase de vida, la del alma y la del cuerpo, nadie puede darnos vida más que Él, porque nuestros padres se limitan a colaborar con Dios para engendrarnos, puesto que por sí solos no podrían hacerlo. Él es el autor de la vida, la Vida misma, y por eso toda vida viene de Él.

A DIOS LO QUE ES DE DIOS

Pero si el Creador del Universo es Nuestro Padre, es también Nuestro Dios, y eso se debe tener en cuenta. Jesucristo nos lo dijo muy claramente: *Dad a Dios lo que es de Dios* (Mt 22,21). Dios tiene unas exigencias para con su Majestad, y éstas son *adoración, culto, gratitud y amor: Amarás a Dios sobre todas las cosas* (Dt 6,4-5) y Cuando al que por justicia, por ser quien es, se lo merece todo y este todo se lo neguemos, estaremos incumpliendo el primer Mandamiento de la Ley de Dios y la obligación más importante que tenemos en nuestra existencia con respecto a Él. No podemos pasar la vida ignorando a Dios o acudiendo a Él solo para pedirle remedio a nuestras necesidades perentorias. A Dios hay que darle lo que es de Dios y dárselo asiduamente, no de vez en cuando. Cuando le demos a Dios lo que le corresponde, el resto nos vendrá por añadidura; es Palabra del Señor y Él no miente (Mt 6,32-33).

El cristiano debe mantener y defender su libertad de honrar a Dios por encima de toda ley o autoridad política, porque *hay que obedecer a Dios antes que a los hombres* (Hch 5,29). Por tanto, el cristiano, sea en las circunstancias propicias como en las adversas, debe dar a Dios lo que le corresponde, que es la fidelidad a sus leyes, el culto, la gratitud y la adoración que le son debidas. *A Dios lo que es de Dios*, no sólo en el orden moral personal, sino en el colectivo de la nación, porque las obligaciones para con Dios son trascendentales y no puede haber política, ni ley civil alguna que anule esta obligación que tenemos para con Él que, además de ser Nuestro Padre, es también Nuestro Creador.

P.D.C.F.